

JESÚS, EL CONSAGRADO

Introducción

A lo largo de este curso dedicaremos los retiros, como se me ha pedido, a meditar y orar sobre la secularidad consagrada o, si se prefiere, la consagración secular. Es evidente que no abundaré en explicaciones de tipo doctrinal y jurídico sobre la identidad del carisma de los Institutos Seculares en la Iglesia y en el mundo. Para ello hay libros y otros espacios de formación permanente.

La finalidad de estos retiros no es otra que la de interrogarnos cómo estamos acogiendo y cultivando el carisma propio de los IS con el que hemos sido agraciados por el Señor, en la Iglesia y al servicio del mundo. Y esto debemos hacerlo desde el realismo de lo que somos y de la situación en que cada uno nos encontramos. La gracia de Dios se manifiesta perfecta en nuestra debilidad, si realmente nos abrimos a su amor gracioso y gratuito.

Tomar conciencia, en efecto, del don de Dios nos lleva a vivir la existencia concreta en la bendición y acción de gracias, en la adoración y la escucha, en el discernimiento y la acción creativa, a ser auténticos signos e instrumentos del designio de Dios en la historia.

Hoy estamos llamados a vivir con esperanza y alegría el don de Dios, «conforme a la riqueza de la gracia que en su sabiduría y prudencia ha derrochado sobre nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar por Cristo, en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra.» (Ef 1, 7-10) No perdamos nunca de vista la perspectiva que nos ofrecen estos versículos de la carta a los Efesios.

El carisma de los IS, como los demás carismas, es dado a la Iglesia para que cultive y desarrolle su identidad y misión de ser en Cristo sacramento universal de salvación, para que haga posible el paso de condiciones menos humanas a más humanas, siendo la más humana de todas, la fe. Al inicio de estas meditaciones quiero recordar lo que Pablo VI afirmó en *Populorum Progressio* sobre nuestra contribución al desarrollo integral de nuestro mundo y de cada persona, para buscar con todos los hombres de buena voluntad un humanismo nuevo.

Si para llevar a cabo el desarrollo se necesitan técnicos, cada vez en mayor número, para este mismo desarrollo se exige más todavía pensadores de reflexión profunda que busquen un humanismo nuevo, el cual permita al hombre moderno hallarse a sí mismo, asumiendo los valores superiores del amor, de la amistad, de la oración y de la contemplación. Así se podrá realizar, en toda su plenitud, el verdadero desarrollo, que es el paso, para cada uno y para todos de condiciones de vida menos humanas, a condiciones más humanas.

Ideal al que hay que tender

Menos humanas: Las carencias materiales de los que están privados del mínimo vital y las carencias morales de los que están mutilados por el egoísmo. Menos humanas: las estructuras opresoras que provienen del abuso del tener o del abuso del poder, de las explotaciones de los trabajadores o de la injusticia de las transacciones. Más humanas: el remontarse de la miseria a la posesión de lo necesario, la victoria sobre las calamidades

sociales, la ampliación de los conocimientos, la adquisición de la cultura. Más humanas también: el aumento en la consideración de la dignidad de los demás, la orientación hacia el espíritu de pobreza (cf. *Mt* 5, 3), la cooperación en el bien común, la voluntad de paz. Más humanas todavía: el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos, y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin. Más humanas, por fin y especialmente: la fe, don de Dios acogido por la buena voluntad de los hombres, y la unidad de la caridad de Cristo, que nos llama a todos a participar, como hijos, en la vida de Dios vivo, Padre de todos los hombres. (PP 20-21)

En este primer retiro centraré mi reflexión en la consagración, pero no de forma abstracta, sino como invitación a contemplar a Jesús, el Santo de Dios, el Consagrado de Dios, el Ungido por el Espíritu para llevar a los pobres la Buena Nueva del Evangelio de Dios.

Las resistencias de algunas personas ante el término de consagración proceden, a mi manera de entender, de una falta de contemplación de la conciencia que Jesús tenía de haber sido consagrado y enviado por el Padre al mundo.

Cuando esto se olvida, se desvirtúa la perspectiva de la gracia bautismal y del discipulado. El concilio Vaticano II recordó que la Iglesia es misterio. Es «un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (LG 1-4) Dios lo ha elegido y constituido en Cristo como signo e instrumento de salvación, como sacramento universal de salvación. El Espíritu la unifica en comunión. En las diferentes plegarias eucarísticas, pedimos que «el Espíritu del amor» y de la verdad consolide los vínculos de la unidad, «a fin que la Iglesia sea, en medio de nuestro mundo, dividido por las guerras y discordias, instrumento de unidad, de concordia y de paz». Y todo para que el mundo crea.

En esta perspectiva, y puesto que toda la vida cristiana es una vida en Cristo, todos los fieles que forman parte del pueblo santo de Dios, participan de la consagración y envío de Jesús. En efecto, por el bautismo los creyentes entramos a formar parte de un pueblo de sacerdotes, profetas y reyes, un pueblo de santos o consagrados, según la perspectiva bíblica. Pablo dirige sus cartas a los «santos», aun cuando escriba para llamarlos a la conversión.

En nuestras meditaciones, teniendo esto presente, iremos desgranando algunas puntos de nuestra condición de bautizados en la Iglesia, para luego ahondar de forma más concreta en la perspectiva propia del carisma de los IS. En esta primera meditación, centramos nuestra contemplación en Jesús a quien el padre consagró y envió al mundo. La existencia de la Iglesia y, en consecuencia, de todo cristiano es una existencia en Cristo.

1.- JESÚS, «A QUIEN EL PADRE CONSAGRÓ Y ENVIÓ AL MUNDO» (Jn 10, 36)

Los judíos agarraron de nuevo piedras para apedrearlo. Jesús les replicó: «Os he hecho ver muchas obras buenas por encargo de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis?». Los judíos le contestaron: «No te apedreamos por una obra buena, sino por una blasfemia: porque tú, siendo un hombre, te haces Dios». Jesús les replicó: «¿No está escrito en vuestra ley: “Yo os digo: Sois dioses”? Si la Escritura llama dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios, y no puede fallar la Escritura, a quien el Padre consagró y envió al mundo, ¿decís vosotros: “¡Blasfemas!” Porque he dicho: “Soy Hijo de Dios”? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis, pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre». (Jn 10, 31-38)

Jesús, en su controversia con los judíos, *en la fiesta de la Dedicación/consagración del templo*, se presenta como el que ha sido consagrado y enviado al mundo por el Padre. Algunos autores prefieren en término «santificar» al de «consagrar», pero más allá del debate lingüístico, lo realmente importante y significativo, para nuestra contemplación y meditación, es ahondar cómo en Jesús se articula consagración y misión en el mundo.

En el momento de la Dedicación del templo, Dios se apareció a Salomón de noche y le dijo entre otras cosas: «He elegido y consagrado (santificado) este templo para que ni Nombre esté en él eternamente. Mis ojos y mi corazón estarán en él todos los días» (2Crón 7, 16) La consagración o santificación supone la elección y acción de Dios, que se hace presente, para llevar a cabo su obra de salvación en favor del pueblo de la alianza.

Jesús, en el evangelio según san Juan, se presenta como el nuevo templo (cf. Jn 2, 13-22). El Padre lo ha elegido, segregado, santificado, consagrado, y enviado al mundo para llevar a cabo su plan de salvación. La iniciativa es siempre del Padre. Él es la fuente del amor y la misión reposa sobre consagración y envío. Dios es quien prepara el banquete y envía a su Hijo, venido en la condición de Siervo, para invitar a unos y otros, en particular, «los pobres, lisiados, ciegos y cojos». (cf. Lc 14, 15-24; Mt 22, 1-14)

Jesús es el nuevo templo, la «tienda del encuentro», en él se manifiesta la gloria de Dios, la presencia permanente de Dios en medio de su pueblo. Y esto acontece y se simboliza en la unción o consagración del Nazareno en el Espíritu de santidad, que él mismo, una vez resucitado de entre los muertos, envía a la comunidad de los discípulos. En efecto, como el evangelista Juan subraya, el Espíritu descendió y permaneció sobre Jesús, para luego bautizarnos a los suyos en el mismo Espíritu.

Y Juan dio testimonio diciendo: «He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: “Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo”. Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios». (Jn 1, 32-34)

La santificación o consagración de Jesús, por tanto, se orienta en todo momento hacia la misión, que consiste, ante todo, en llevar a cumplimiento la obra del Padre. He aquí un punto importante a la hora de interrogarnos sobre cómo estamos viviendo nuestra consagración secular. Hemos sido santificados y enviados al mundo en su Hijo, para llevar a cabo la misma obra del Padre; y no nuestras propias obras. Y la obra del Padre (los judíos preguntaban por las obras de Dios que había que hacer), es, conviene notarlo y ponerlo de relieve, que creamos en el que él ha enviado. El evangelista relata cómo los judíos buscaban a Jesús porque les había dado de comer hasta saciarse. Pero Jesús cuestiona la razón de esa búsqueda por parte de la muchedumbre y entabla con ella un diálogo muy significativo:

Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo has venido aquí?». Jesús les contestó: «En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a este lo ha sellado el Padre, Dios». Ellos le preguntaron: «Y ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?». Respondió Jesús: «La obra de Dios es esta: que creáis en el que él ha enviado». (Jn 6, 25-29)

La consagración y el envío, por consiguiente, tienen su propia finalidad: colaborar en la obra del Padre, de acuerdo con la vocación que cada uno recibe en el seno del pueblo de la alianza. Y la obra del Padre es llevar a la fe en el que él ha enviado. En esta perspectiva, conviene recordarlo en todo momento, en la perspectiva indicada por Pablo VI: la fe en su «enviado» se presenta como condición para participar en la vida eterna que el Padre, en su pasión de amor por el mundo, nos ofrece a través de la pascua de su Hijo:

Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre. Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. (Jn 3, 13-17)

Jesús hizo, por otra parte, de la voluntad del Padre su alimento. «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra» (Jn 4, 34) La obra de la Iglesia en el mundo no puede ser diferente a la fijada por el Padre y llevada a cabo por el Hijo en el Espíritu Santo. Los caminos y formas de actuar pueden ser diferentes, pero la obra es única. Todos, según el don recibido, estamos llamados a colaborar en ella.

Pero antes de pasar a contemplar cómo Jesús vive la consagración y envío, conviene detenerse y preguntarse: ¿Cómo acontece la consagración de Jesús? ¿En qué consiste realmente esta consagración o santificación del Nazareno por el Padre que lo envía?

Cuando comprendemos esto, ya no centraremos nuestra preocupación en el hacer, sino en ser signo de la presencia de Dios en el mundo y para el mundo. Nos abriremos así al sentido de la verdadera sacramentalidad de la Iglesia y de nuestras vidas en el mundo (hablaremos de ello en próximos retiros con el favor de Dios).

2.- «JESÚS DE NAZARET, UNGIDO POR DIOS CON LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO»

En respuesta a las cuestiones que acabo de formular, bien podemos hacer esta afirmación: La misión fluye de la unción o consagración con el Espíritu de santidad. La consagración precede, si así se puede hablar, a la misión. Jesús es ungido y enviado por el Padre en el Espíritu para evangelizar a los pobres.

Para ahondar en esta perspectiva, partiré en esta segunda parte de nuestra meditación de dos textos claves de la obra del evangelista Lucas. El primero lo encontramos en el discurso de Pedro en la casa de Cornelio. El segundo se halla al inicio de la misión de Jesús en la sinagoga de Nazaret. Los escuchamos y comentamos de forma breve.

Vosotros conocéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. (Hch 10, 37-38)

Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu; y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en las sinagogas, y todos lo alababan.

Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el rollo del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los

cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor». Y, enrollando el rollo y devolviéndolo al que lo ayudaba, se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos clavados en él. Y él comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír». (Lc 4, 14-21)

A estos textos fundamentales, pueden añadirse unas palabras, que encontramos en la oración de la acosada comunidad apostólica de Jerusalén: «En verdad se aliaron en esta ciudad Herodes y Poncio Pilato con los gentiles y el pueblo de Israel contra tu santo siervo Jesús, a quien ungiste, para realizar cuanto tu mano y tu voluntad habían determinado que debía suceder.» (Hch 4, 27-28)

En estos textos se afirma cómo Jesús fue ungido con el Espíritu. Su realización tuvo lugar, si nos atenemos a los evangelios, en el momento del bautismo (cf. Lc 3, 21-22). Con el descenso del Espíritu sobre Jesús y la voz del cielo dio comienzo la misión pública de Jesús. Una misión que se desarrolló con la fuerza y el poder del Espíritu.

Y esto no ha de extrañarnos. El Antiguo Testamento recuerda ya cómo el «espíritu del Señor», animaba la vida y existencia de los diferentes servidores dados por Dios al pueblo de la alianza, para conducirlos según sus designios de amor y libertad. Así lo vemos en la vida de Moisés, de los jueces, reyes, sacerdotes y profetas. Unos y otros llevaban fielmente la misión a condición de dejarse conducir por «el Espíritu del Señor».

Esto nos permite comprender porqué sin Espíritu no hay verdadera evangelización, como afirmó Pablo VI (cf. EN 75) ni verdaderos evangelizadores, como ha subrayado el Papa Francisco por su parte en el capítulo quinta de su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*. Es muy importante y necesario tener en cuenta esta perspectiva, para mejor comprender y vivir el sentido de la consagración, ya que no faltan quienes recelan del término de consagración, dado que la entienden de manera exclusiva o preferente en el la línea de la separación y contraposición a la secularidad. Ahora bien, la unción o consagración del pueblo de la alianza y de sus servidores es la acción de Dios que elige, capacita y dedica, si la persona y comunidad la acepta, con alegría y libertad, para ponerse al servicio de su plan salvador en favor del mundo, de modo particular de los pobres, ciegos y oprimidos, para ofrecer a todos un año de gracia, esto es, una posibilidad de conversión y perdón, como proclamaron sin cesar los profetas.

En el bautismo, todos los evangelistas, cada uno según su estilo y sensibilidad, presentan la identidad de Jesús como Siervo y como Hijo, enviado para dar nueva vida. Con el descenso y permanencia del Espíritu Jesús es consagrado para la misión de anunciar la llegada del reino de Dios a todos, para evangelizar a los pobres y ofrecer un año de gracia.

En efecto, pero esto se olvida con frecuencia, el Espíritu de santidad condujo y sostuvo al Nazareno en todo momento. La carta a los Hebreos recuerda esta verdad con gran claridad y sencillez. «Ungido con aceite de júbilo», como recuerda el autor de esta magnífica homilía, o como se quiera llamar, citando el salmo 45, 8, Jesús fue guiado y sostenido por el Espíritu eterno para hacer de la cruz el sacrificio sin mancha, capaz de liberarnos de la esclavitud del pecado:

Si la sangre de machos cabríos y de toros, y la ceniza de una becerria, santifican con su aspersion a los profanos, devolviéndoles la pureza externa, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, para que demos culto al Dios vivo! (Hb 9, 14)

El bautismo de Jesús, con la efusión del Espíritu Santo y las palabras del cielo, por tanto, se presenta por el evangelista Lucas como una unción mesiánica. Cristo es una traducción del término hebreo Mesías, que significa ungido. En el Antiguo Testamento el ungido era alguien elegido y destinado por Dios para hablar y actuar en su nombre, para llevar a cabo su obra de justicia, paz y comunión.

El profeta Isaías proclamaba cómo el Espíritu del Señor se posaría sobre el Mesías, para hacer justicia al pobre, para recrear la paz, para inundar la tierra del verdadero conocimiento de Dios:

Pero brotará un renuevo del tronco de Jesé, | y de su raíz florecerá un vástago. Sobre él se posará el espíritu del Señor: | espíritu de sabiduría y entendimiento, | espíritu de consejo y fortaleza, | espíritu de ciencia y temor del Señor. Lo inspirará el temor del Señor. | No juzgará por apariencias | ni sentenciará de oídas; juzgará a los pobres con justicia, | sentenciará con rectitud a los sencillos de la tierra; | pero golpeará al violento con la vara de su boca, | y con el soplo de sus labios hará morir al malvado. La justicia será ceñidor de su cintura, | y la lealtad, cinturón de sus caderas. Habitará el lobo con el cordero, | el leopardo se tumbará con el cabrito, | el ternero y el león pacerán juntos: | un muchacho será su pastor. La vaca pastará con el oso, | sus crías se tumbarán juntas; | el león como el buey, comerá paja. El niño de pecho retoza junto al escondrijo de la serpiente, | y el recién destetado extiende la mano | hacia la madriguera del áspid. Nadie causará daño ni estrago | por todo mi monte santo: | porque está lleno el país del conocimiento del Señor, | como las aguas colman el mar. (Is 11, 1-9)

A la luz de la Palabra de Dios, la unción con el Espíritu, por tanto, es obra del mismo Dios y no de los hombres. *La consagración es don antes que respuesta.* Es Dios quien elige, llama y capacita dándonos la unción del Espíritu. En efecto, mediante la acción del Espíritu Santo, la persona en su totalidad se pone en camino para llevar a cabo la misión.

A la luz de Jesús, el Cristo, el Ungido, la consagración, por tanto, no debe ser pensada prioritariamente en términos de separación, sino de elección y capacitación para llevar adelante la obra de Dios en favor del mundo, de la humanidad entera. Por ello la consagración reclama una total dedicación a la misión, de acuerdo con la vocación recibida. Lejos de aislarnos del mundo, la consagración nos capacita para llevar adelante el amor de Dios por el mundo, independientemente si éste es bueno o malo. La consagración y envío no aísla del mundo, sino que nos pone al servicio de él con amor. Juan Pablo II, hablando de la tensión escatológica de la Eucaristía, escribía:

Una consecuencia significativa de la tensión escatológica propia de la Eucaristía es que da impulso a nuestro camino histórico, poniendo una semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas. En efecto, aunque la visión cristiana fija su mirada en un « cielo nuevo » y una « tierra nueva » (Ap 21, 1), eso no debilita, sino que más bien *estimula nuestro sentido de responsabilidad respecto a la tierra presente.* Deseo recalcarlo con fuerza al principio del nuevo milenio, para que los cristianos se sientan más que nunca comprometidos a no descuidar los deberes de su ciudadanía terrenal. Es cometido suyo contribuir con la luz del Evangelio a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios. (EDE 20)

Vivir la consagración en Jesús y como Jesús, es vivir en totalidad para el Padre y contribuir de manera fiel y creativa en su obra creadora y salvadora en la historia, bajo la luz y acción interior del Espíritu. Por ello la consagración o unción implica el ser y el hacer de la persona en su totalidad.

Esto tiene unas consecuencias muy importantes. Dios nos consagra para que seamos en todo momento signos e instrumentos de su don a la humanidad, de su pasión amorosa por el mundo, como lo vemos en la existencia de Jesús amando hasta el final, sirviendo desde el último lugar, haciéndose el último de los esclavos, para recrearnos a todos como hijos libres.

Jesús vivió su entrega al Padre y a la misión en la acción de gracias y la bendición, en la adoración y la súplica, en el silencio y el trabajo, en el anuncio del reino y la acción sanadora, en la lucha y la muerte...etc. Era consciente en el Espíritu de ser don del Padre para dar la vida al mundo. En la Eucaristía celebramos su entrega al Padre y a la humanidad entera en la acción de gracias. Juan Pablo II concluía el número de la encíclica sobre la Iglesia, que acabo de citar, con estas palabras:

Anunciar la muerte del Señor « hasta que venga » (1 Co 11, 26), comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo « eucarística ». Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: « ¡Ven, Señor Jesús! » (Ap 22, 20).

3.- «Y POR ELLOS YO ME CONSAGRO (SANTIFICO) A MÍ MISMO»

En esta tercera parte centramos nuestra meditación-contemplación en la respuesta de Jesús a la iniciativa del Padre, esto es, en lo que podríamos denominar como la consagración activa de Jesús. Ahora bien, para saborear cómo Jesús la ha vivido desde el amor al Padre y a los hermanos, conviene, al menos en un primer momento, dejar de mirarse a uno mismo.

Jesús vive la consagración desde la experiencia de ser amado por el Padre que lo consagra y envía en misión. La verdadera obediencia filial sólo puede ser vivida de forma gozosa, sin por ello excluir la dimensión dramática, desde la profunda convicción de ser amado.

Jesús vive del amor del Padre y avanza en la cadencia de ese amor. Esta es la verdad que los evangelios proclaman de múltiples formas. Baste recordar algunas de sus afirmaciones: «El Padre ama al Hijo y todo lo ha puesto en su mano» (Jn 3, 35). «El Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que él hace» (Jn 5, 20). «Todo lo que tiene el Padre es mío» (Jn 16, 15) «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor» (Jn 15, 9). «Yo y el Padre somos uno» (Jn 10, 30). «Te ruego... por estos (los discípulos) que tu me diste, porque son tuyos. Y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y en ellos he sido glorificado» (Jn 17, 9-10) Con el amor con que ha sido amado, Jesús amó a los suyos hasta el extremo (cf. Jn 13, 1ss). La respuesta de Jesús al amor del Padre se expresa, ante todo, en la obediencia filial para llevar a cabo su plan de salvación. Por ello decía a sus discípulos:

La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Me habéis oído decir: "Me voy y vuelvo a vuestro lado". Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis. Ya no hablaré mucho con vosotros, pues se acerca el príncipe de este mundo; no es que él tenga poder sobre mí, pero es necesario que el mundo comprenda que yo amo al Padre, y que, como el Padre me ha ordenado, así actúo. Levantaos, vámonos de aquí. (Jn 14, 27-31)

Y avanzando en la lectura del evangelio según san Juan, nos detenemos un instante en la oración de Jesús, en el momento de pasar de este mundo al Padre. Es muy interesante para comprender el sentido hondo de la consagración y del carisma sacerdotal. Escuchemos una de las peticiones de esta oración, que se ha dado en llamar, sacerdotal:

Padre santo, guárdalos en tu nombre, a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros. Cuando estaba con ellos, yo guardaba en tu nombre a los que me diste, y los custodiaba, y ninguno se perdió, sino el hijo de la perdición, para que se cumpliera la Escritura. Ahora voy a ti, y digo esto en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría cumplida. Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. *Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad.* Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío también al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. (Jn 17, 11b-19)

Jesús, se santifica o consagra entregándose al plan de Dios con una obediencia libre y total, hasta el don de la propia vida. Es la expresión profunda de su conciencia filial, de ser un don del Padre al mundo. En efecto, Jesús es dado al mundo (cf. Jn 3, 16). Y esto supone que no estamos ante una simple cuestión de hacer o de generosidad, sino de realizarse un don de Dios para los demás. Y esto es siempre posible, también cuando nos faltan las fuerzas o posibilidades para hacer cosas. La cruz es el momento culminante en que Jesús se realiza como un don de Dios para la salvación del mundo. La carta a los Hebreos lo expresa en estos términos: «Y, aun siendo Hijo, aprendió sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la perfección, se convirtió, para todos los que le obedecen, en autor de salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec.» (Hb 5, 8-10)

Quien toma conciencia de esta verdad fundamental, no cesará de dar gracias por ser elegido, llamado, consagrado, santificado, segregado y enviado al mundo para colaborar en la obra de Dios. No se trata de hacer mi obra o nuestra obra, sino la obra del Padre. Para ello nos da Jesús el Espíritu de santidad; para ello nos consagra el Señor para la misión, para colaborar en su obra en el mundo.

La iniciativa, en efecto, es siempre del Padre. Él envía a su Hijo, ungido con el Espíritu Santo, en una carne semejante a la del pecado (cf. Rom 8, 3). Y es en el Espíritu de santidad que Jesús vive su consagración, su entrega incondicional a la misión. El Padre, por una parte, es quien santifica y envía; pero, por otra parte, Jesús se consagra o santifica en favor de los que el Padre le ha dado, esto es, sus discípulos. Contemplemos brevemente cómo Jesús, a lo largo de su vida y misión, ha vivido la dinámica profunda de su consagración y envío.

Jesús, el Pastor bueno y bello, en respuesta al Padre que lo consagra y envía al mundo (cf. Jn 10, 36), se ofrece en favor de las ovejas perdidas. Es la respuesta del amor al amor y la razón por la que es amado. «Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entregué libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla: este mandato he recibido de mi Padre.» (Jn 10, 17-18) Estamos ante la soberana libertad del amor de quien se siente amado.

En la oración, Jesús pide al Padre que santifique en la verdad a los discípulos, enviados al mundo, y añade: «tu palabra es verdad». Y luego continúa: «Por ellos yo me consagro a mí mismo, para que también ellos sean consagrados en la verdad». Jesús responde así a la iniciativa del Padre, entregándose libre y radicalmente a su designio de amor. Su entrega

incondicional, hasta el don de su propia vida, es la expresión de su comunión con el amor del Padre que lo ha enviado al mundo para darle vida en abundancia. Jesús, el buen pastor, afirma: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante. Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas.» (Jn 10, 10-11) La consagración de Jesús culmina en el don de la propia vida.



Jesús, por tanto, se consagra al Padre y a su designio de salvación, para darnos a conocer el amor apasionado de Dios por el mundo. Así el Hijo vive el seno del Padre, en su corriente de amor y, por tanto, amando a los suyos hasta el extremo.

Notemos, por último, que Jesús se consagra, para que los discípulos seamos consagrados en la verdad, en su palabra. Jesús fue consagrado y enviado para revelarnos que Dios es Padre, que es amor, que está realmente por el hombre, que en modo alguno es un rival del hombre, como lo presento el tentador para engañar al viejo Adán.

La consagración del «Santo de Dios» (Jn 6, 69), por tanto, es la expresión cimera del acontecimiento de la verdad: Dios ama con pasión el mundo, está por el hombre, es la esperanza de nuestro mundo, como proclaman estas palabras de san Pablo: «Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él?» (Rom 8, 31-32) Esta es la verdad que se expresa en la consagración y envío de Jesús. Y está es la verdad en que Jesús pide al Padre que seamos consagrados sus discípulos.

La misión del Espíritu Santo, que Cristo glorificado nos envía desde el Padre, a los que nos amó hasta el extremo, es conducirnos a la verdad plena. Verdad que se ha revelado como un auténtico acontecimiento de gracia en la vida y pascua de Jesús, el consagrado y enviado al mundo. Y así en Cristo, todos en el pueblo de Dios, cada uno según su vocación y ministerio, estamos destinados a compartir la consagración y envío de Jesucristo.

4.- ALGUNAS CONCLUSIONES

-  La consagración o santificación, en cuanto es participación en la consagración y envío del Hijo en el Espíritu de santidad, es obra, ante todo de Dios Padre. Es un verdadero don y estamos llamados a recibirlo con fe, celebrarlo en la acción de gracias y cultivarlo con esmero. Esta participación en la consagración y envío del Hijo nos capacita para amar el mundo con el mismo amor divino.
-  La unción del Espíritu, por la que somos consagrados o santificados, nos capacita para ser discípulos misioneros, por retomar una expresión del Papa. Somos consagrados para la misión. El libro del profeta Jeremías lo recuerda en estos términos: «El Señor me dirigió la palabra: Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré: te constituí profeta de las naciones.» (Jer 1, 4-5) También Pablo hace referencia a ello al hablar de su encuentro con el Resucitado: «Cuando aquel que me escogió desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, se dignó revelar a su Hijo en mí para que lo anunciará a los gentiles...» (Gal 1, 15-16). Ni el profeta ni el apóstol fueron aislados de su pueblo o del mundo, sino que fueron puestos al servicio del pueblo y de la humanidad entera. Hoy el Padre en Jesús y en el Espíritu nos sigue enviando al mundo. La consagración, por tanto, lejos de alejarnos

del mundo, nos pone al servicio del plan de Dios en favor del mundo, del advenimiento de reino de amor, verdad y justicia.

- ✚ Puesto que la consagración a Dios abraza la totalidad del ser y del hacer de la persona, uno ha de estar dispuesto al don de su propia vida. Entrar en la esfera de Dios es aceptar, en última instancia, vivir la existencia en la dinámica del don, del amor hasta el extremo, como lo hemos contemplado en Jesús.
- ✚ Nuestra santificación o consagración, como discípulos misioneros, se funda, en última instancia, en la Pascua del Hijo y en el don del Espíritu que Cristo nos envía desde el seno del Padre. Es en esta perspectiva trinitaria, que la consagración o santificación adquiere su pleno sentido. ¡Que nuestra oración en este día sea una verdadera contemplación de Jesús de Nazaret ungido con el Espíritu Santo por el Padre para dar la buena nueva a los pobres, para suscitar la esperanza en el corazón de nuestro mundo!